

LA AMISTAD FRÍA: LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA HACIA ITALIA (1957-1975)

Rosa Pardo
UNED

Las relaciones hispano-italianas durante el franquismo estuvieron marcadas por el factor ideológico: el carácter dictatorial del régimen español y su simbolismo fascista impidieron una cooperación más estrecha entre sus gobiernos, aunque siempre hubo una cierta sintonía amigable de fondo, sobre todo en los ámbitos diplomáticos y militares. Ninguno de los dos países era básico para el otro, pues ninguno era tampoco un actor decisivo en el teatro internacional, ni siquiera europeo. Sin embargo, había demasiados lazos históricos lejanos y recientes entre los dos países, además de muchos intereses comunes en el ámbito de la política exterior y de las relaciones económicas y culturales, como para no intentar sostener y alimentar los nexos ya establecidos. La predisposición siempre fue más española que italiana por el déficit de reconocimiento internacional de la dictadura. El resultado fueron unas relaciones que se debatieron entre la ambigüedad y el pragmatismo. Este artículo se propone revisar, a partir de la documentación diplomática española, el papel de Italia en la política exterior franquista, sus principales actores y las estrategias de la dictadura para contrarrestar la hostilidad política italiana. Su título responde a la definición que Amintore Fanfani hizo de las relaciones en 1958.¹

Desde 1944-45 la Italia democrática posfascista intentó evitar que la historia política común y la sombra de las vergonzantes relaciones

fascistas con la España de Franco desde 1936 impidieran aprovechar las bazas económicas y diplomáticas que podía proporcionar una relación con Madrid. Su política hacia el franquismo estuvo marcada por el pragmatismo, por razones de coherencia política interna (el antifascismo era la base del nuevo consenso nacional y hubo una presión antifranquista permanente de los partidos laicos de derecha y de centro-izquierda en el gobierno);² pero también de dependencia diplomática de los aliados anglosajones. Había demasiados intereses en entredicho: la deuda de guerra española, el abastecimiento de alimentos y otras materias primas para un país hambriento y destrozado, intereses económicos y culturales que proteger, una colonia de unos diez mil italianos en España, más la necesidad de ganar legitimidad internacional restaurando relaciones con los neutrales que no habían participado en guerra, como España. Ayudó también un aparato diplomático y militar en buena medida heredado de la etapa fascista, y predispuesto favorablemente hacia la España franquista. En consecuencia, los gobiernos italianos optaron por la mínima relación política que les permitiera reanudar las relaciones económico-comerciales (acuerdo de diciembre de 1945) mientras se sumaban a la política aliada fijada en Potsdam y ratificada en Naciones Unidas en 1946: aislamiento político al franquismo, sin llegar a la ruptura de relaciones ni a las sanciones económicas.³

La parte española no tuvo más remedio que entrar en el juego, tratando de utilizar los vínculos económicos y culturales para mejorar las relaciones políticas. Necesitada como estaba de paliar por cualquier medio el ostracismo internacional, no podía prescindir de las oportunidades proporcionadas por la disposición amistosa de un país democrático como Italia, con una clase política de la que, en principio, se esperaba mayor comprensión dados los estrechos lazos establecidos en el movimiento católico internacional de preguerra (*Pax Romana*) y la posición profranquista del catolicismo italiano durante la Guerra Civil. Entonces, su movimiento asociativo, que se orientaba hacia propuestas corporativistas más que democráticas (a diferencia del catolicismo francés), percibió el caso español como prueba de los riesgos intrínsecos de la democracia, caballo de Troya del comunismo. Sólo un sector minoritario, la izquierda católica, los más jóvenes y los dirigentes del antiguo Partido Popular (Luigi Sturzzo, De Gasperi, Guido Gonella o el conde Sforza), se mostraron contrarios al ideal de Cruzada y a la intervención italiana en la guerra española. El problema para el franquismo radicó en que fueron precisamente elementos de este grupo, desde su experiencia en la lucha antifascista, quienes condujeron hacia cauces plenamente democráticos al nuevo partido católico de la Democracia Cristiana (DC) a partir de 1942-43. En la postguerra, el grueso de la formación iba a estar más cerca de Gil Robles, Giménez Fernández o de líderes del nacionalismo catalán y vasco que de los católicos colaboracionistas franquistas.⁴ Estos últimos, en 1945, sólo contaban con la simpatía de ciertos sectores del Vaticano (defensores de un modelo político de democracia limitada, de tipo salazarista, con un estado confesional) y del grupo más conservador de la DC, anticomunistas opuestos a cualquier programa reformista, partidarios de alianzas de gobierno más derechistas y contrarios a la colaboración con liberales y socialdemócratas.⁵ En consecuencia, la dictadura española tenía que intentar captar al sector

centrista del partido (De Gasperi, Mario Scelba, Giulio Andreotti), porque poco podía esperar de la izquierda de la DC (Giovanni Gronchi, Giuseppe Dossetti, Giorgio La Pira, Amintone Fanfani y los sindicalistas católicos), partidaria de colaborar con los socialistas para afrontar las reformas estructurales que necesitaba el país, abordando la cuestión social, y crítica con el alineamiento radicalmente atlantista de De Gasperi. De ahí que, junto a las relaciones económicas y culturales, el tercer instrumento crucial del franquismo para flexibilizar la posición italiana fuera la diplomacia vaticana, es decir, la presión que pudiera ejercer la Santa Sede sobre el gobierno, el partido de la DC, la Acción Católica italiana y sus medios de comunicación. Desde Madrid daban por supuesta esa capacidad de influencia teniendo en cuenta el papel del Vaticano en la política italiana de esos años y la supuesta benevolencia que Pío XII había mostrado desde 1939 hacia el franquismo, cuya represión nunca condenó, aceptando el nacionalcatolicismo como ideología autoritaria eficaz contra el comunismo —su máxima preocupación desde 1945— y como garantía de una posición de privilegio para la Iglesia española. Por eso se mimó la embajada de Plaza de España enviando a figuras de peso: primero, a Joaquín Ruiz Giménez, y, en 1951, a Fernando M.^a Castiella, dos acenepistas, como su amigo el ministro de Exteriores, con la misión de explotar sus contactos personales con el catolicismo italiano y conseguir el respaldo público de la Santa Sede con la firma de un Concordato.⁶ El único grupo favorable a la España de Franco era el neofascista Movimiento Social Italiano, fundado en 1946, dispuesto a apoyar al franquismo con sus medios de prensa, desde el Parlamento, o incluso en la calle. Desde Madrid, recibía ayudas financieras puntuales, casi siempre ligadas a campañas electorales o al sostenimiento de sus diarios.⁷

Sin embargo, hasta 1957, Madrid obtuvo escasos réditos. Es verdad que el hombre clave, Alcide De Gasperi, intentó salvaguardar las relaciones con España para no disgustar al Vaticano ni

dañar los intereses italianos. El gobierno italiano llegó a mostrarse partidario «en la intimidad» de la inclusión de España en el Plan Marshall (como desde 1949 en la OTAN), pero poco más. Italia había retirado su embajador en 1947 (a pesar de no estar obligada al no formar parte de la ONU) y no consintió en reenviarle hasta 1951. Los contactos culturales, militares y, sobre todo, los intercambios económicos se convirtieron en el sucedáneo de unas gélidas relaciones políticas, definidas por la cautela de los distintos gobiernos para evitar complicaciones de política interior. Aunque el franquismo contaba con algunos valedores en el Ministerio de Relaciones Exteriores, no fueron muchos los que se atrevieron en público a sugerir un acercamiento a Madrid, más allá de la extrema derecha, el MSI y el Partido Monárquico. Ni siquiera lo hicieron abiertamente los miembros del bloque más conservador de la Acción Católica (AC) italiana (Luigi Gedda, su presidente desde 1952, nunca aceptó las invitaciones oficiales para visitar España); tampoco los políticos centristas de la DC (la excepción fue Giulio Andreotti), partidarios de un sólido bloque político anticomunista y atlantista para Italia, pero demócratas y nada dispuestos a ser vinculados con el franquismo o ser acusados de vaticianismo. En ese sentido ni el trabajo del embajador ante el Quirinal, el monárquico José Antonio Sangróniz (1946-1956), ni el de Castiella ante el Vaticano (1951-1957) dieron fruto, pese a contar este último con algunos valedores relevantes en la Curia conservadora: los cardenales Domenico Tardini y Angelo Dell'Acqua en la Secretaría de Estado, Alfredo Ottaviani (Santo Oficio), de familia materna española; los nuncios y exnuncios en Madrid, Federico Tedeschini (amigo personal de Pío XII), Ildebrando Antoniutti y Gaetano Cicognani.

Los despachos de Castiella a Artajo resultan ilustrativos de la decepción y la impotencia franquistas. El embajador no podía entender la «monstruosa incompreensión», la actitud reservada, cuando no «malevolente», del catolicismo político italiano («exfascistas vergonzantes» «de

ánimo claudicante») respecto al Régimen, frente al trato benevolente recibido por el nacionalismo vasco. Castiella, como el resto del catolicismo político español, seguía estimando radicalmente incompatibles liberalismo y catolicismo, cuya colaboración sólo podía ser táctica, y acababa a la «confusión y a la desorientación ideológica del mundo católico» italiano su apuesta por la democracia. Pronto verificó la inutilidad de sus constantes protestas en la Secretaría de Estado por la actitud de la DC y de los medios de prensa de la órbita católica: *Il Popolo* (órgano de la DC), *Iniziativa e Il Quotidiano* (AC) o *Gioventù* (Juventudes AC). Apenas sirvió su machacona argumentación poniendo en valor la confesionalidad del Estado franquista, la ayuda estatal a la Iglesia, el apoyo oficial a la labor misional en América y a los católicos exiliados de la Europa comunista, la defensa de la internacionalización de Jerusalén que Pío XII deseaba, o el modelo ofrecido al mundo católico por el Concordato de 1953. El Vaticano, por su dependencia del contexto político italiano, había optado por «consustancializar cristianismo y democracia», se lamentaba, mientras asistía consternado a la deriva de la DC hacia su izquierda y a cómo ganaba adeptos la engañosa distensión promovida por Moscú para «reblandecer la resistencia occidental». La única solución que podía beneficiar a España, un bloque de orden anticomunista desde la DC al neofascista Movimiento Social Italiano (también preferida por Pío XII), había sido descartada por el grueso de la DC, decidida a unirse «a masones, liberales, republicanos y socialdemócratas marxistas» dejando campo libre al comunismo. Su conclusión fue que, más que el Vaticano influyera en la política italiana, era al revés: los políticos italianos terminaba haciendo ver a la Santa Sede los problemas universales bajo un prisma italiano.⁸

Es cierto, sin embargo, que desde 1951 se produjeron avances en las relaciones. Tanto España como Portugal y Grecia podían ser interesantes mercados para una economía exportadora en expansión como la italiana y palancas

para resolver el problema pendiente de Trieste y recuperar parte del prestigio internacional perdido.⁹ Hubo un tímido y muy progresivo acercamiento a Madrid: apoyo español en la disputa con Yugoslavia; mutuo respaldo en organismos internacionales (como la UNESCO, donde el Vaticano deseaba la presencia española); una incipiente cooperación militar, sobre todo naval, la primera agencia de turismo italiano en Madrid, y la firma de convenios sobre seguridad social (1956) y supresión de visados (1959), más los culturales (1955, ratificado en 1957) y de coproducción cinematográfica (1956). En el ámbito económico, la cooperación —ya bien trabada en los cincuenta— permitió incrementar el comercio bilateral y que las inversiones de capital en España y el traspaso de tecnología italiana de empresas como Fiat, Pirelli y muchas otras empezasen a reportar beneficios en diversificación industrial y exportadora, creación de empleo y especialización de trabajadores.¹⁰ Se puede decir que entre 1953-1957, con los gobiernos democristianos Pella, Fanfani, Scelba y Segni (1954-57 en coalición con PSDI PLI), cuyos presidentes (a excepción de Fanfani) fueron duros anticomunistas ajenos a la izquierda de la DC, como sus ministros de Exteriores (Attilio Piccioni, el liberal Gaetano Martino y Giuseppe Pella), se alcanzó la mayor cordialidad con Madrid, pero sobre la base de las relaciones «prácticas»; de ahí el perfil técnico del embajador nombrado en 1956, Emilio Navasqués.

Las relaciones políticas siguieron sin avanzar, teniendo en cuenta que desde junio de 1953, tras perder la DC la mayoría parlamentaria, los sectores de la izquierda del partido fueron ganando influencia y forzando la caída de los gobiernos que se empeñaban en una línea más centrista, en medio de una creciente inestabilidad política. Los viejos planes de Artajo de trazar una cooperación política mediterránea anticomunista con Italia, Turquía y Grecia (un Pacto Mediterráneo como brazo regional de la OTAN y alternativa a la exclusión española de la organización), relanzados en 1956 con un contenido menos militar

y más socioeconómico y cultural, al calor de la especial coyuntura regional (descolonización, fracaso del Pacto de Bagdad, ingreso de turcos y griegos en OTAN y crisis de Suez) fueron mero *wishful thinking*. Es verdad que la diplomacia italiana buscaba también una política más autónoma, erigirse en actor clave del Mediterráneo y la penetración económica de sus empresas en el Magreb y Oriente Medio con un discurso anticolonialista y guiños neutralistas alentados por la izquierda de la DC.¹¹ Pero los intereses regionales comunes convertían a ambos países en rivales, más que en socios; como sucedía en América Latina, donde hubo una vigilancia permanente de las iniciativas italianas de Latinidad por parte de la diplomacia española, sobre todo en países como Argentina, en plena crisis de las relaciones con España.¹²

Así las cosas, en febrero de 1957 Alberto Martín Artajo fue sustituido por Fernando María Castiella, conecedor de las dificultades de la relación. En Roma había podido comprobar también hasta qué punto el carácter dictatorial del Régimen limitaba las posibilidades diplomáticas españolas impidiendo normalizar las relaciones con Europa Occidental: un paso imprescindible para lograr un trato igual al recibido por otros países anticomunistas, un alineamiento más acorde con la trayectoria cultural e histórica del país, para no quedar al margen del desarrollo económico europeo y de su proceso de integración y para ir recobrando un mínimo protagonismo internacional. De modo que planteó una diplomacia pragmática, lo menos ideológica posible, al tiempo que apoyaba desde el gobierno medidas para limar los aspectos más autoritarios de la dictadura y modernizar sus estructuras de propaganda y de diplomacia cultural. En Europa concentró su esfuerzo diplomático en Gran Bretaña, Francia y la República Federal Alemana (RFA). No parece que prestara una atención especial a Italia. Este país fue perdiendo valor conforme se lograba el acercamiento con los grandes europeos. Y para Italia, integrada en el marco atlántico y europeo, con

una economía en despegue, las relaciones políticas con España eran aún más prescindibles.¹³

Castiella trató de compensar la frialdad italiana retomando la política mediterránea de su antecesor y fortaleciendo las relaciones con Grecia y Turquía.¹⁴ El proyecto de un Pacto Mediterráneo siempre estaba en el aire, pendiente de la deseada y siempre frustrada admisión de España en la OTAN; sin embargo, cuando Francia lo relanzó en 1958, tanto en Italia como en España fue visto como un instrumento al servicio de Francia y de sus objetivos neocoloniales en el Magreb. En Roma desconfiaban de la pretensión de De Gaulle de liderar la política europea y estuvieron muy atentos a la aproximación hispano-francesa que se produjo a partir del conflicto de Ifni: en julio de 1958 Fanfani (gobierno corto DC-PSDI) ofreció abiertamente una política de cooperación en el tema árabe y abogó por superar la «amistad fría» mantenida hasta ese momento.¹⁵ Pero en Madrid seguía el recelo hacia la política árabe italiana, sobre todo respecto al Egipto nasserista, donde ambos países intentaban la misma labor de intermediación con EEUU. En esa misma fecha Castiella viajó a El Cairo (con una breve escala en Roma), y se dispuso a relanzar la política árabe española sin mayor concertación con Italia.¹⁶

El clima de cordialidad diplomática se prolongó durante el gobierno Segni (DC), con Giuseppe Pella en Exteriores (1959-1960), que enderezó temporalmente la posición italiana hacia un más claro atlantismo y trató de recuperar peso político en la construcción europea, donde se prefiguraba un eje franco-alemán, en competencia con Gran Bretaña, que estaba marginando a Italia. Madrid había dejado atrás las veleidades nacionalistas y dudaba acerca del bloque (MCE o la nueva EFTA) al que asociarse; Roma intentaba mediar en la rivalidad entre ambos con su política de acercamiento a Londres para equilibrar el eje franco-alemán y la solución que durante unos meses se tanteó, una fusión de ambas organizaciones creando una amplia zona de libre comercio occidental en la que se po-

dría incluir a EEUU (Ronda Dillon), era perfecta para el franquismo. España retiró su candidatura al Consejo de Seguridad para no entorpecer la italiana y, a cambio, Italia apoyó la española a la OMS. Pero el clima político italiano impedía avances visibles ante la opinión pública y las dos organizaciones europeas siguieron caminos distintos. En el tema OTAN, cada vez que EEUU sondeaba una posible inserción de España en el Pacto Atlántico, la respuesta italiana desde 1957 era que estaban dispuestos a ayudar (para no quedar descolgados respecto a la posición franco-alemana), pero siempre que Inglaterra apoyase dicha opción: un compromiso tan débil como el británico, que a su vez se escudaba en el rechazo de los escandinavos.¹⁷

Mediado 1959, una vez que las relaciones del franquismo con París, y, sobre todo, con Bonn estuvieron encauzadas, Castiella decidió cambiar de embajador, como si pretendiera utilizar aquellos avances para empujar en Roma. Envío a un experimentado diplomático, José M.^a Dousinague, padre de la propaganda cultural anticomunista del franquismo, curtido en ambientes hostiles a la dictadura y experto en comercio, cuando arrancaba el proceso de liberalización y racionalización económica en España; un gran profesional, pero quizá no el hombre más adecuado para Roma, dado su tradicionalismo y su rigidez antiliberal.¹⁸ Su diagnóstico sobre la situación italiana no pudo ser más pesimista. Hablaba ya entonces de crisis del sistema, donde «todo se convierte en una politiquería de partidismos y personalismos, sin altura de miras». Lamentaba la falta de espiritualidad e ímpetu de la DC en la defensa de la civilización cristiana contra el comunismo, cuando esa había sido su razón de ser tras la guerra, y se mostraba horrorizado por la línea de acercamiento al PSI que el sector de Fanfani y el nuevo líder de la DC Aldo Moro estaban marcando. Sus críticas contra la democracia italiana llegaron al paroxismo durante la crisis política del gobierno Tambroni (1960), cuando empezó a utilizar el término partitocracia: «Italia no es una democracia

(...) los intereses de los partidos están tan en primera fila que apenas se llega a ver el interés nacional». ¹⁹

Nuevas propuestas de colaboración de Fanfani, de nuevo al frente del gobierno desde el verano de 1960, hicieron pensar que por primera vez «los italianos querían romper el hielo con España». Desde Madrid se dio la orden de apoyar en el tema del Alto Adigio. Entretanto, las relaciones culturales funcionaban a satisfacción de las dos partes y seguía el intercambio de visitas militares con ayuda del amigo Andreotti, que retuvo la cartera de Defensa entre 1959 a 1966. El Acuerdo Comercial se renovó (junio 1960) y ambos países se aplicaron las medidas liberalizaciones acordadas en el marco de la OCDE, régimen vigente hasta 1970, lo que permitió incrementar en un 400% las ventas de ambas partes en los siguientes cuatro años. ²⁰

Pero la política interna y la sociedad italianas evolucionaban rápidamente en un sentido contrario a los intereses españoles. Fanfani (que gobernó hasta 1963) seguía comprometido con un programa socioeconómico de reformas profundas, respaldado por un Papa, Juan XXIII, decidido a promover el *aggiornamento* de la Iglesia, su puesta al día con el mundo moderno y un movimiento católico cada vez más comprometido socialmente. La aproximación de la DC al socialismo fue aprobada en el congreso del partido de enero de 1962. Planteada como una necesidad, teniendo en cuenta que el PSI y el PCI controlaban el 40% del voto, fue acatada por el centro-derecha de la DC para no romper el partido, y empezó a concretarse en el siguiente gabinete Fanfani (febrero 1962), de coalición con el PLI y el PSDI, pero apoyado desde fuera por el PSI, hasta cristalizar en el gobierno cuatripartido de Aldo Moro (diciembre 1963). La misma colaboración se daba en otros países (Austria, Holanda), pero la italiana era más peligrosa para el franquismo, porque Nenni defendía la necesidad de ayudar al exilio español. Entretanto, el PCI ganaba posiciones en los sectores laboral, intelectual y estudiantil, y promovía movilizacio-

nes antigubernamentales y de apoyo a causas antifascistas y anticolonialistas que llegaban a aglutinar a amplios sectores sociales de izquierda, incluidas las secciones progresistas y jóvenes de la DC. ²¹ Las protestas golpearon de lleno a las dos dictaduras ibéricas y fueron particularmente intensas entre 1961-1963, centradas en la reprobación del colonialismo portugués (guerra en Angola) y en la denuncia de la represión franquista. ²²

Entretanto, el discurso de Doussinague seguía anclado en los argumentos clásicos del ostracismo: recordar la persecución religiosa de la guerra civil; la excepcionalidad española por haber experimentado el comunismo; la imposibilidad de retroceder políticamente a 1936 tras la guerra; cómo eran ignorados los avances de la nueva España moderna que se estaba construyendo a sí misma: en resumen, ante el peligro comunista, no era España la que debía modificar su política, sino el resto de Occidente el que tenía que imitar su política anticomunista negando toda libertad a comunistas y socialistas revolucionarios. Lo único que consiguió fue que L. Gedda vetase en la prensa de la AC las noticias sobre los movimientos de oposición del clero español, pero los medios de la DC siguieron hostiles. Sólo en 1961, cuando la economía española comenzó a despegar y se anunció el primer Plan de Desarrollo, el embajador pudo empezar a utilizar otro tipo de argumentos: la futura participación industrial y financiera italiana en las infraestructuras y negocios previstos en España. ²³ De hecho, en septiembre de 1961 el ministro de Comercio pudo viajar a Roma en visita oficial, presentada como meramente técnica por parte italiana. Se acordó que técnicos españoles acudiesen a Roma a estudiar el funcionamiento de la CEE y Doussinague creyó contar con la comprensión italiana para la petición española de apertura de negociaciones con la CEE que fue presentada el 12 de febrero de 1962. ²⁴

Sin embargo, apenas dos semanas después un nuevo gobierno tripartito (Fanfani IV), que

inauguraba el apoyo del PSI a la DC, no sólo se desdecía de lo insinuado, sino que encabezaba el empeño de dar contenido político al Mercado Común. De nada sirvieron las garantías ofrecidas por Doussinague de que la petición se había hecho «aceptando todas las consecuencias y conociendo las condiciones que se exigen –incluso en materia política– en el Tratado de Roma», y de que España iría «resolviendo paulatinamente los problemas privativos suyos de aplicar aquellos principios a su política interna» mientras se negociaba; ni el compromiso europeísta de España, que a diferencia de Gran Bretaña y los neutrales estaba dispuesta a llegar a la integración plena y no a la mera asociación; ni que sólo el 2,8% de los productos exportables de los dos países fueran concurrentes en el mercado internacional. El MAE italiano advirtió que lo importante era «aceptar el programa político de la CEE», aunque también hubiera reticencias económicas.²⁵

La torpeza del Régimen o, más bien, la falta de una política unitaria de gobierno²⁶ hicieron coincidir la petición europeísta con la reacción represiva de la dictadura contra las huelgas de esa primavera y, sin solución de continuidad, con la dura reacción al «Contubernio de Munich», lo que dio pie a una abrumadora movilización antifranquista en una Italia que estrenaba cambio político. Las dos embajadas en Roma utilizaron sin éxito todos sus recursos: protestas oficiales, contactos vaticanos, apoyo de la extrema derecha, una agencia de noticias para difundir artículos, sus contactos periodísticos, políticos y con los grupos económicos que tenían intereses en la prensa italiana y en España. Sólo se consiguió que *Il Popolo* publicase un artículo sobre la persecución religiosa en España, tras una entrevista desesperada de Doussinague con el canciller Segni. Desde la Farnesina se declararon impotentes para controlar a los medios de comunicación y los sindicatos, ni siquiera los cristianos. Los únicos gestos favorables fueron las contramanifestaciones organizadas por grupos ligados al MSI. La situación llegó a ser tan grave

que la embajada se dejó a cargo de un encargado de negocios.²⁷

Cuando en el otoño de 1962 se recrudeció la «agitación antiespañola» (secuestro del vicecónsul Elías, caso Conill) Doussinague, acreditado en septiembre como embajador ante la Santa Sede, intentó que Juan XXIII interviniera a favor de los intereses franquistas y logró del Papa palabras de reconocimiento hacia la obra histórica de Franco, pero bajo la promesa de mantenerlas en secreto.²⁸ La orden de Madrid fue prescindir del apoyo del MSI, porque resultaba contraproducente, aunque semanas después Franco la revocó por considerar impagable la deuda de honor que el franquismo tenía con ese grupo italiano. Así las cosas, Castiella envió a Roma, en noviembre, a Alfredo Sánchez Bella (exdirector del Instituto de Cultura Hispánica y curtido como embajador en América), que podía aportar una experiencia propagandística más moderna y excelentes contactos con muchos democristianos. Sobre todo, era amigo de Fanfani.²⁹

Impresionado por la influencia comunista y «filocomunista» y por la capacidad de movilización de su estrategia «frentepopulista», diseñó un plan muy combativo. Primero, ganar amigos para lograr un entendimiento con el gobierno y, si fallaba esa estrategia, crear a los comunistas oposición en su propio territorio (parlamento, prensa, opinión, en la calle). Para empezar apoyó una propuesta hecha por Doussinague antes de cesar: un «centro de información comunista», que centralizase en Madrid todas las referencias sobre la campaña comunista internacional y preparase contrapropaganda. Emprendió una acción judicial contra el editor Julio Einaudi y bombardeó con artículos a los diarios anticomunistas dispuestos a acogerlos. Su otra apuesta fue tratar de influir en lo posible sobre las elecciones generales italianas de abril de 1963, donde un buen resultado del MSI y de los sectores contrarios al experimento de centro-izquierda (sobre todo en la DC –Gonella, Russo, Segni) podía frenar la «siniestra» evolución política ita-

liana. El problema era cómo financiar esta doble campaña: se precisaban unos cinco millones de pesetas (como había calculado su antecesor) y para conseguirlo apeló directamente a Franco por recomendación de Castiella.³⁰

De momento en febrero de 1963 se bloqueó la cooperación militar tras una interpelación parlamentaria del PSI. Poco después, el desenlace de las elecciones de abril acabó con la esperanza de una alternativa de gobierno más centrada: la derecha en su conjunto no mejoró posiciones, los resultados de un desunido MSI fueron malos y los monárquicos se hundieron.³¹ En paralelo, estaba discutiendo el proceso Grima, que hizo que la habitual «campaña de primavera» del antifranquismo —ligada a la denuncia del colonialismo portugués y del asesinato del opositor griego Grigoris Lambrakis— alcanzase cotas insospechadas de virulencia y de movilización social: toda la izquierda más el grueso de la DC y la AC. Sánchez Bella, que confiaba en un indulto para no correr el riesgo de «crear un héroe», no se podía creer la torpeza de Madrid, que volvió a repetirse con la presentación de la película *El Verdugo* en el festival de Venecia y con la ejecución de los anarquistas Delgado y Granados. Pese al esfuerzo propagandístico, no fue posible que «ni un solo grupo político italiano se atreviese a salir en nuestra defensa». Sólo se logró que se prohibieran las manifestaciones en Roma³² y que el nuevo papa Pablo VI (el temido Montini) diese instrucciones a los nuncios y a los generales de las órdenes religiosas para que los católicos valorasen más objetivamente la obra de Franco en España.³³

Una vez que pasó la tempestad y con el alivio de que la política exterior italiana no se deslizaba hacia el neutralismo, Sánchez Bella se resignó a reconocer que la estrategia de centro-sinistra se había consolidado (la mayoría de la DC lo consideraba necesario y la jerarquía eclesiástica consentía), como única fórmula para un ejecutivo estable. También se había dado cuenta de que sus amigos democristianos «habían aceptado el sistema liberal-democrático con tal convicción

que les resultaba difícil, incluso como cuestión de principio la defensa de nuestro régimen». Asimismo, había salido escaldado de sus escarceos intervencionistas en política interior italiana; su experiencia en Colombia y la República Dominicana le había jugado una mala pasada. Convencido de que el franquismo sólo podía aspirar al «silencio benévolo» de Roma, su objetivo fue que «el tema español no fuera un punto de discrepancia [política], sino que se colocara en la zona neutra de respeto»; «que se diese a España un trato similar al de cualquier otro país».³⁴ Se dispuso a orientar su labor en términos prácticos, con una política realista, basada en intereses diplomáticos y económicos, que le permitiera trabajar con el nuevo gobierno cuatripartito, posibilista y europeísta, con Andreotti en Defensa, el socialdemócrata atlantista Saragat en Exteriores, y un Nenni dispuesto a aceptar la OTAN. Trató de aprovechar a fondo su amistad con Amintore Fanfani, para conectarse con el resto de grupos de la DC y, a un tiempo, trabajó para lograr una buena relación con Giuseppe Saragat, a sabiendas de que contaba también con el apoyo del presidente de la República, el centrista Antonio Segni, de los militares y de los contactos vaticanos.³⁵ Su primer éxito fue evitar un veto italiano a la nueva petición española de conversaciones exploratorias para el MCE en 1964, con la premisa de que Holanda y Bélgica aceptasen, como ocurrió. La izquierda se oponía por razones políticas (que en su mentalidad conspirativa achacaba a una maniobra masónica de Sánchez Albornoz) al republicano La Malfa y Saragat,³⁶ y la DC, sobre todo, por la competencia comercial. La fórmula se la dio el propio Fanfani: presentar la negociación europea en un nivel puramente técnico en Roma y presionar a las empresas italianas con intereses en España, sobre todo a los gerentes de las allí radicadas, como de hecho se hizo.³⁷

Sin embargo, la máxima de Sánchez Bella era otra: «a las naciones que nos son hostiles, más que alejarlas, hay que encelarlas, hacerles ver que nuestra marcha es firme y segura, y nues-

tras posibilidades inmensas, que les conviene ser nuestros amigos más que nuestros rivales». Había que poner en valor el potencial de un mercado de treinta millones de habitantes (aunque su capacidad de consumo fuera aún limitada), el hecho de ser el segundo mejor cliente de los productos industriales italianos y el país europeo que absorbía entonces más inversiones de Italia, con casi trescientas empresas italianas o participadas en España. También se podía jugar con la amistad de Francia y Alemania hacia España y con los perjuicios que podían derivarse para Italia de quedar descolgada en sus relaciones con Madrid. Es decir, se trataba de mantener las relaciones bilaterales en el mismo nivel técnico utilizado con la CEE. Había que rebajar su perfil político y su visibilidad pública y solucionar los problemas puntuales (la competencia en agrios y aceite) negociando y coordinando intereses e interesar a las empresas privadas y estatales italianas en el Plan de Desarrollo.³⁸

Desde verano de 1964 el clima de las relaciones mejoró por voluntad ambas partes. La nueva aproximación encajaba con el discurso de la familia política tecnocrática a la que Sánchez Bella se estaba acercando a partir de su estrecha relación con Laureano López Rodó. El embajador desplegó una ágil campaña de propaganda económica para incentivar la inversión de las empresas públicas ITALSTRAD (infraestructuras, carreteras sobre todo), ENI (hidrocarburos y energía en general), FINSIDER (siderurgia) y privadas (Cofindustria, sobre todo empresas del sector turístico, metalúrgico y vehículos) italianas. Consiguió que la Farnesina aceptase una hoja de ruta que permitiera avances sobre problemas técnicos y a finales de año se retomaron las visitas ministeriales (sólo económicas) con el viaje del ministro comisario del Plan, que se volcó en dar a conocer las condiciones de inversión en el mercado español a los medios industriales piemonteses. Sánchez Bella se había terminado de adaptar a la política italiana; incluso se mostraba aliviado por la moderación de la fórmula centro-izquierdista. Estaba con-

vencido de que, aunque había nombres para un «gobierno de más autoridad» (como el General Di Lorenzo, entre otros) el grueso de la opinión pública no les seguiría: carecían de fuerzas para dar un viraje hacia una «vía gollista», sobre todo por la división que aquejaba a la DC.³⁹

El nombramiento de Fanfani como ministro de Exteriores en marzo de 1965 resultó promotor. Sánchez-Bella pudo plantear el problema del déficit comercial bilateral, muy desfavorable para España, siguió con su plan de promoción de inversiones y, sobre todo, trató de enlazar al Instituto Nacional de Industria español con las empresas estatales italianas. Era posible aprender de la experiencia y el modelo de desarrollo de Italia, aunque el objetivo fundamental seguía siendo político: «que fuera el estado italiano y no sólo los industriales privados, por poderosos que fueran, los que en el futuro estuvieran especialmente interesados en asegurar la estabilidad de nuestro desarrollo». Se multiplicaron los viajes de altos funcionarios, incluido el presidente del INI, hasta culminar en la visita del ministro de Industria. También se iniciaron las primeras conversaciones para abordar el problema de la competencia hortofrutícola, obstáculo decisivo en los siguientes pasos a dar en la CEE: Italia consideraba que había cedido mucho en el tema agrícola en favor de los intereses franceses y exigía ser compensada en este sector, con perjuicio para el resto de países mediterráneos extracomunitarios. Desde el punto de vista diplomático, la idea de Sánchez Bella fue establecer vías de cooperación indirectas con Italia, bien en los países mediterráneos o bien en Hispanoamérica, donde Italia intentaba, con la bendición norteamericana y en rivalidad con Francia, hacer de puente con los países de la CEE; pero de momento no encontró eco en Roma.⁴⁰

Tampoco en las relaciones militares hubo deshielo hasta 1972, a pesar del interés de las FFAA italianas por entrenar mandos y pilotos españoles y vender material militar.⁴¹ En cambio, a partir de 1966, el año en que se saldó por fin la deuda de guerra con Italia, la eficaz

campaña de publicidad sobre las oportunidades de inversión empezó a dar frutos, favorecida por los buenos datos de la economía española: las inversiones italianas superaron por primera vez a las francesas; en un año, las exportaciones italianas a España crecieron un 430%, y España se convirtió en el octavo mejor cliente de Italia, aunque como país suministrador seguía ocupando el puesto 37. Los proyectos de cooperación económica tomaban forma. Algunos estaban ligados a la política de Castiella de reivindicación de Gibraltar: acuerdo con la Sociedad Italconsult para el estudio del desarrollo económico de Andalucía Occidental y el desvío de rutas de cruces italianas del Peñón a Málaga y a Algeciras. Según el embajador, las empresas estatales habían «recibido instrucciones para estudiar planes de realización industrial inmediata con España» y el gobierno italiano estaba dispuesto a conceder créditos para facilitar las inversiones en España creando empresas mixtas como una fórmula para compensar el creciente déficit comercial. También se empezaron a negociar varios acuerdos: de Seguridad Social (firmado en 1967, pero aún no ratificado en 1976), de Cooperación Técnica y Científica, rubricado en 1969 (sin efecto hasta 1972), más los de Cooperación Económica y doble imposición, que no llegaron a ver la luz durante el franquismo. Probablemente, el paso de Andreotti al Ministerio de Industria tuvo mucho que ver en estos avances.⁴² Sin embargo, los grandes proyectos de inversión de las macroempresas del sector público italiano, que se empezaron a perfilar ya en 1966 y 1967 (un gran centro siderúrgico con Finsider en el Mediterráneo –Sagunto–, la participación de Italstrade en la autopista Madrid-Valencia, y la cooperación con el ENI en los planes de expansión petroquímicos –refinería– en Cataluña) tardaron años en cuajar, no está claro si por problemas de financiación, o porque la parte española retuvo la decisión de aprobarlas como instrumento para mejorar las relaciones políticas.

En junio de 1966 la intervención de Fanfani volvió a ser decisiva para salvar cualquier resis-

tencia italiana que retrasase la aprobación por el Consejo de ministros de la CEE del mandato para iniciar negociaciones con España, aunque Roma hizo una reserva general al mismo no admitiendo la conclusión de un futuro acuerdo mientras no se resolviera el problema del aceite de oliva. Es significativa la respuesta del líder italiano cuando Sánchez Bella le agradeció su gestión: «Ya ves, todo ha salido como habíamos proyectado. El tema se ha puesto sobre la mesa y ya nadie podrá detenerlo (...) Se puede empezar a escribir el libro sin ponerle título (...) Se puede empezar a negociar una asociación sin que se cite la palabra, la fórmula que la encuentre los eurócratas, para que no puedan poner excusas». La posición del ministro de Exteriores italiano tenía que ver también con un replanteamiento de la política mediterránea de su país que había decidido dejar de poner trabas a los acuerdos de los países ribereños con la CEE y empezaba a perfilar una política mediterránea global.⁴³ De hecho, tal como el embajador español había planteado años atrás, Fanfani propuso por primera vez a Sánchez Bella la posibilidad de cooperar en este ámbito y en el hispanoamericano como fórmulas para envolver y hacer presentable políticamente en Italia un acercamiento a España. Unos meses después, la gravedad de la crisis de Oriente Medio (1967), el paralelismo en las posiciones de equidistancia adoptadas por ambos gobiernos para no dañar sus intereses en países árabes y la grave situación en la que entró la región (temor a la penetración soviética, sobre todo en Argelia, golpe en Grecia, crisis de Malta), acercó los intereses de Madrid y Roma, que en adelante buscaron intercambiar información sobre la zona en las conversaciones bilaterales incluso colaborar en proyectos energéticos en Irak y en Argelia.⁴⁴ Según Sánchez Bella en esta región, como en Iberoamérica, España tenía los contactos e Italia aportaba posibilidades de financiación y experiencia económica y técnica de las que carecía Madrid. Sin embargo, de nuevo, ningún proyecto se concretó. Es posible, no obstante, que las

ideas del embajador español inspiraran a Fanfani para la creación del Instituto Italo-Latinoamericano (1967), como el propio líder italiano reconoció.⁴⁵ En todo caso, la máxima sintonía bilateral se alcanzó cuando en el otoño de 1967 Italia votó a favor de España Naciones Unidas en el tema de Gibraltar.

Los lazos estrictamente políticos no siguieron el mismo camino. Castiella no fue invitado a Roma y Fanfani esperó hasta 1978 para su primera visita oficial a España. El embajador logró que publicaciones ligadas a la DC (incluso en *Il Popolo*) o financiadas por las empresas con intereses económicos en España (*Il Giorno*, *La Stampa*) incluyeran artículos sobre la evolución positiva de la economía y la diplomacia españolas. También estableció una densa trama de contactos personales con el grupo mayoritario de la DC, los doroteos encabezados por Mariano Rumor. Pero no pudo contrarrestar a los sectores católicos italianos más combativos, ni impedir que los democristianos españoles en la oposición recibieran ayuda de la sección internacional de la DC y fueran los únicos nacionales invitados a los congresos del partido: su petición a Fanfani en ese sentido no obtuvo respuesta.⁴⁶ Tampoco sirvió que la representación española intentase mantener distancias con los grupos neofascistas. En Madrid, la representación diplomática italiana mantenía estrechos contactos con la oposición democristiana y socialista a través del ministro consejero, y en Roma los vínculos entre los grupos antifranquistas españoles, la DC, el PSI y el PCI se multiplicaban a ojos vistas de la embajada, infiltrados y vigilados por un servicio de información especial.

El embajador siempre pensó que la dictadura podía recuperar legitimidad utilizando el discurso de que los sistemas parlamentarios estaban en crisis, necesitados de reformas en la línea del modelo gaullista francés o de algunos países iberoamericanos, hacia los que supuestamente el franquismo estaba convergiendo. Pero el Régimen no dio nunca los pasos necesarios para hacer creíble un proyecto de reforma política,

al contrario que Marcelo Caetano, a quien el gobierno italiano otorgó cierto crédito entre 1968 y 1972. En esos años, aún se ahondó más la brecha ideológica entre la dictadura franquista y clima político y social de Italia, donde se multiplicaron los actos públicos en favor de la libertad de los pueblos ibéricos, de los sometidos al yugo colonialista y al Apartheid, de solidaridad con Vietnam y la Cuba castrista y, en particular los organizados contra la nueva dictadura de los Coroneles en Grecia.⁴⁷

En las elecciones de mayo de 1968, casi coincidiendo con los sucesos de París, triunfaban de nuevo los partidos de la coalición de centro-izquierda, pero la división interna de la DC y de los socialistas, más el impacto que produjo el incremento del voto del PCI supuso una cesura en la política italiana. Para la España de Franco lo más significativo era la salida de Fanfani de Exteriores, tras casi cuatro años en el puesto. Los temores iniciales se despejaron, sin embargo, al ser nombrado un gobierno monocolor (Leone) de la DC, mientras Andreotti seguía en Industria. Se mantenían las líneas de acción establecidas desde 1963: marginar las cuestiones políticas y seguir avanzando en lo económico haciendo realidad las propuestas de inversión italiana (incluido un crédito de 30 millones de dólares) que se venían negociando.⁴⁸ Italia apoyó a España como miembro no permanente en el Consejo de Seguridad y el ministro de Transportes visitó Madrid, interesado en el plan de modernización de Renfe.⁴⁹ Sin embargo, en diciembre, Italia se abstuvo en la decisiva votación sobre Gibraltar, lo que suponía un cambio respecto a la línea de Fanfani.⁵⁰ El tono de las relaciones quedó claro cuando el gobierno italiano, cada vez más preocupado por la situación mediterránea, manifestó su inquietud ante la no renovación de los Pactos con EEUU y los guiños neutralistas de Castiella, que en el otoño de 1968 intentaba captar votos de todos los bloques en Naciones Unidas y presionar a Washington.⁵¹ La respuesta del ministro español fue contundente: «No se nos puede pedir lo que no se nos quiere

dar: «status» de país aliado, de país miembro del pacto atlántico, al que indirectamente pertenecemos, asumiendo todas las cargas y no percibiendo ninguno de los beneficios». Su embajador sentenciaba: «(...) lo que resulta absurdo es la comprensión que los democristianos tienen para el Mundo Árabe y la absoluta incompreensión que para situaciones análogas españolas observan los católicos de izquierdas y aún las fuerzas liberales y socialistas». ⁵²

Pero lo peor estaba por llegar. En diciembre de 1968 un nuevo gobierno rumor, de nuevo de centro-izquierda, algo más escorado a *sinistra*, (salía Andreotti, y sólo había un representante de la derecha democristiana), recogía once de las trece facciones en que se dividían los dos partidos fundamentales (DC y PSI): Sánchez Bella hablaba de amenaza de escisión en ambos partidos (se confirmó en el PSI) y de la *correntocrazia* que les hacía ingobernables. La pesadilla para el franquismo era el nombramiento de Pietro Nenni (excombatiente en las Brigadas Internacionales) en Exteriores, que inmediatamente se tradujo en «fría cortesía gubernamental, conversaciones superficiales y desertión de políticos en comidas oficiales». ⁵³ Había disposición para apoyar las operaciones económicas bilaterales ya en marcha, pero el estado de excepción decretado en España pesó más. La campaña antifranquista, en la que destacaron las iniciativas de diputados democristianos y de la prensa y los sindicalistas católicos, coincidió con el endurecimiento de la política italiana contra la dictadura griega. ⁵⁴ El convenio de Cooperación Científica y Técnica firmado en marzo de 1969 quedó sin ratificar y las iniciativas en marcha para retomar la cooperación militar fueron vetadas. ⁵⁵

El gobierno monocolor de la DC (agosto de 1969 a marzo de 1970) supuso un respiro para la diplomacia española e inauguró una etapa de estabilidad en el Ministerio de Exteriores, ocupado por Aldo Moro hasta julio de 1972. Con el nuevo gobierno volvía a haber margen de acción, pero la crisis política de ambos países paralizó cualquier avance. Tras el escándalo MATESA,

Sánchez Bella volvió a España para ser ministro de Información en el gobierno monocolor de octubre, dejando un vacío difícil de llenar, y, en Italia, el «otoño caliente» de 1969 agudizó la división política, en medio de escándalos de corrupción y un clima complejo de huelgas y orden público, tras los atentados terroristas neofascistas en Milán y Roma y las movilizaciones de la extrema izquierda, acercando un posible acuerdo entre la izquierda de la DC y el eurocomunista PCI de Berlinguer que podía presentarse como un partido de orden. ⁵⁶

El nuevo ministro de Exteriores, Gregorio López Bravo, llegó dispuesto a limar la tensión que Castiella había imprimido en las relaciones con el Vaticano, EEUU y Gran Bretaña, pero, a un tiempo, estaba decidido a sacar partido del clima de distensión. Quería aprovechar al máximo la CSCE y obtener réditos de la *ostpolitik*, además de renovar la política iberoamericana y esbozar una nueva política mediterránea que integrara el Magreb y ayudara en el tema Sáhara. Sin embargo, tenía clara la importancia de profundizar los lazos con Europa Occidental, región hacia la que estaba volcada la economía española. Así que se esforzó por intensificar las relaciones continentales, sobre todo con Francia y la RFA, lo que se tradujo en importantes acuerdos de cooperación, contactos a todos los niveles (incluidas visitas de ministros de Exteriores), apoyos en el tema de la CEE e invitaciones oficiales a los Príncipes españoles. ⁵⁷ La mayoría de los gobiernos europeos no se resistieron a esta normalización tecnocrática final de relaciones, buscando afianzar los intereses bilaterales de cara a la inminente transición política en España a la espera de que la red de lazos trenzada (sin levantar el veto político) contribuyese a una evolución democrática en el futuro. Esta actitud europea, que se aceleró con la crisis de Portugal, aunque se frenara en seco temporalmente entre octubre-noviembre de 1975, sólo tuvo su excepción en los países escandinavos e Italia. ⁵⁸

Los esfuerzos iniciales de López Bravo por ganarse a Aldo Moro y el tono cordial de sus

encuentros en foros internacionales, donde intercambiaron impresiones sobre la CSCE, el Mediterráneo o Próximo Oriente, sólo se trajeron en diciembre de 1970 en la propuesta italiana para una nueva «escalada de aproximación»: conversaciones entre directores generales, luego visitas de ministros técnicos y finalmente de los cancilleres. Pero este esquema de contactos amistosos poco visibles, de relaciones «casi clandestinas» (en palabras de Moro), «vergonzantes» (para López Bravo) era inaceptable para el ministro español, recibido entonces por los máximos dirigentes mundiales y empeñado en una diplomacia que tenía muchos puntos en común con la de Moro. Además se sabía que los viajes de ministros técnicos italianos resultaban inútiles sin voluntad política para respaldar luego en Roma lo acordado.⁵⁹

La explicación de esta frialdad por parte del nuevo embajador Juan Pablo Lojendio seguía siendo la de siempre: los «prejuicios políticos» de la DC y su «temor de ser atacada por los grupos políticos izquierdistas». No se admitía que el inmovilismo franquista empeoraba la situación: el Proceso de Burgos atizó la movilización contraria de partidos y movimientos sociales, incluidos todos los medios católicos: sólo el conservador *Il Tempo* y la prensa neofascista fueron excepción. Además, las manifestaciones antifranquistas sirvieron de escenario a la violencia neofascista, un recuerdo permanente de los vergonzantes orígenes del franquismo. Todo ello cuando la capacidad de influencia de la embajada española había mermado, sin los contactos y recursos de Sánchez Bella.⁶⁰

Las relaciones volvieron a encauzarse semanas después. Italia mantuvo su abstención en las votaciones de la ONU relativas al tema Sáhara y se retomaron los acercamientos entre militares, tras casi diez años de abandono. La elección de Leone como presidente de la República y los resultados de las elecciones de mayo de 1972, que permitieron a Andreotti mantenerse al frente del gobierno hasta julio de 1973, hicieron pensar a la embajada que el país se inclinaba

ligeramente hacia la derecha y que el gobierno tendría más capacidad de maniobra con España. Pero la compleja situación de los meses siguientes, en medio del marasmo económico, el desempleo y la incertidumbre política, estaba minando la imagen y paralizando la capacidad de acción internacional de Italia. En el otoño caldo de 1972, en medio de una nueva «campana anti-española» centrada en los presos políticos, uno de los diplomáticos españoles (Ángel Labayen) comparaba al país con una ópera bufa: «Cualquiera recién llegado diría que vive en el caos, pero tras dos años y medio empiezo a pensar que aquí no pasa nunca nada y que Italia ha descubierto la fórmula para vivir en medio de ese caos apoyándose en los inagotables recursos de paciencia e ingenio del pueblo italiano». Es imagen de un país anárquico, imaginativo, capaz de sostener durante años una situación explosiva, que reproducen quienes pasan por la embajada romana en esos años.⁶¹

En marzo de 1973 el gobierno Andreotti accedió por fin a la visita oficial de López Bravo a Roma, probablemente sólo por el temor a quedar demasiado rezagados con respecto a Francia en sus relaciones con España. Hacía 33 años desde la visita de Serrano Suñer a Ciano. No había ningún problema bilateral pendiente y sí mucho interés por colaborar en los problemas mediterráneos: sensibilizar al resto de Europa sobre ellos en la CSCE, la posible convocatoria de una conferencia regional y la preocupación por la tensión en Oriente Medio.⁶² En los meses siguientes prosiguió la coordinación diplomática de cara a la CSCE, pero en el plano político bilateral volvieron las «prácticas dilatorias» italianas. Aldo Moro en un nuevo gobierno Rumor de centro-sinistra desde julio de 1973 ya no se mostró dispuesto a devolver visita oficial a Madrid. Luego vino otro otoño-invierno caliente tanto en España como en Italia: golpe de estado en Chile, Proceso 2001, Caso Añoveros, asesinato de Carrero Blanco...⁶³ La tensión llegó a tal punto que el embajador pidió protección para sus representaciones y agentes diplomá-

ticos, además de aconsejar su retirada temporal para que en Roma «comprendiesen la poca diferencia entre un embajador simbólico y un embajador ausente». ⁶⁴ Hasta el verano de 1974 casi no hubo tregua: moción contra España en el Consejo de Europa, ejecución del anarquista Salvador Puig Antic, Revolución de los Claveles. Además la prensa denunció el espionaje político franquista en Italia y dejó en evidencia las conexiones con los prófugos neofascistas condenados por terrorismo o golpismo que encontraban refugio en España cuando aún no había un tratado de extradición entre ambos países: el firmado durante la visita de López Bravo no había sido ratificado por Italia. Ante el escándalo político, la embajada española recordó que hacía tiempo había pedido el cierre de la falsa oficina estadística de Roma donde trabajaban desde hacía años agentes de cuerpos especiales españoles y que consideraba contraproducentes los contactos con el MSI, pero estas tramas dependían de Presidencia de Gobierno y no se cortaron. ⁶⁵

En el otoño se reprodujeron las campañas, ligadas a protestas antinorteamericanas y *antipartheid*. En ese clima, la salida de los socialistas del gobierno en noviembre de 1974 (Gobierno Moro hasta julio de 1976, con Rumor en Exteriores) alteró poco el panorama. Las dos diplomacias siguieron colaborando estrechamente en los temas ligados a la CSCE, los problemas energéticos y en asuntos científicos mediterráneos. ⁶⁶ El único desencuentro seguía siendo la oposición italo-francesa a las concesiones agrícolas en el marco de la negociación que se llevaba a cabo con la CEE para acomodar el acuerdo de 1970 a la ampliación de 1973. En el otoño de 1975, en la recta final de la dictadura, a esta oposición técnica se sumó la política. Italia, que presidió la reunión del Consejo de ministros de la CEE, en octubre de 1975, en la que se decidió suspender negociaciones con España tras las últimas ejecuciones del franquismo, se alineó entonces con las posiciones más intransigentes de holandeses y daneses. ⁶⁷

La experiencia de la revolución portuguesa, que terminó alineando las políticas de EEUU, RFA, Gran Bretaña y Francia en una línea de moderación de cara a la transición española, no pareció afectar a los medios políticos italianos. Cuando tras morir Franco, el presidente de la República se proponía asistir a coronación de Juan Carlos I para mantener la representación italiana a la altura de las de Francia y la RFA, el gobierno Moro se opuso: asistió un simple senador, el democristiano Giuseppe Pella. Sólo el ministro republicano Giovanni Spadolini protestó considerando que una delegación de alto nivel era una forma de ayudar a progresiva democratización de España y evitar el ridículo ante los socios comunitarios. En diciembre, la Cámara de Representantes aprobó una resolución oponiéndose al ingreso de España en la OTAN y la CEE hasta que hubiera un régimen de libertad con el único voto en contra del representante neofascista. En las siguientes semanas, mientras las formaciones políticas italianas multiplicaban sus contactos con sus homólogas en España, el embajador siguió quejándose de que tanto la RAI como casi toda la prensa italiana demostraban la misma hostilidad hacia el nuevo rey que hacia el dictador. Y ese mismo recibimiento tuvo el flamante ministro de Exteriores del primer gobierno de la monarquía, José María Areilza, cuando en marzo de 1976 hizo escala en Roma al final de su gira por las capitales europeas. Días antes, una delegación de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia con los principales líderes políticos españoles había contactado con La Farnesina para prevenir una excesiva benevolencia con el nuevo gobierno español. En consecuencia, el viaje de Areilza, que buscaba ensanchar el margen de confianza internacional hacia la monarquía y apoyo para suspender las conversaciones en marcha con la CEE hasta que la reforma política permitiera una integración de pleno derecho, no resultó tan productivo en Roma como en otras capitales. ⁶⁸

Conclusiones

En treinta años la diplomacia franquista no logró vencer la hostilidad política de Italia. Los gobiernos italianos, como el resto de la Europa democrática, optaron por una política realista que permitiera mantener abierto el grueso de los intercambios con España, incluso apoyos diplomáticos puntuales; pero, a diferencia de franceses y alemanes, se alinearon con los escandinavos en su repudio oficial a la dictadura española, que no cesó con la muerte de Franco. Jugaron siempre con ofertas de futura colaboración, establecieron calendarios para acercamientos progresivos y supieron utilizar la cordialidad diplomática para mantenerse en una posición ambigua que salvaguardara sus intereses en España, mientras resistían cualquier colaboración política pública, dada la creciente antipatía de la sociedad y de casi todo el espectro político italiano hacia el franquismo. La diplomacia española centró su campo de acción en los políticos democristianos y el Vaticano, pero su bagaje antiliberal impidió ver durante años, que el apoyo de los católicos italianos a la democracia no era una ofuscación pasajera; aunque sin duda el pasado fascista pesara mucho e impidiera a la parte italiana normalizar con España unos contactos que sí mantenía con regímenes políticos tan execrables como el franquista. Es probable que el factor político señalado impidiera aprovechar oportunidades diplomáticas de colaboración que podrían haber sido fructíferas, sobre todo en el ámbito mediterráneo. Aun así la voluntad de ambas partes por salvar la relación hizo que, pese a los desencuentros narrados, en 1976 el balance no fuera insatisfactorio según el propio Ministerio de Exteriores español. Desde 1945 el comercio bilateral había crecido exponencialmente hasta los 70.000 millones de pesetas y las inversiones de Italia en España (un 2,48% del total) entre 1960-1975 situaron a ese país como el séptimo en cifras. Había, eso sí, que revitalizar las relaciones culturales y de cooperación científico-técnica y sortear las resistencias ita-

lianias a la integración de España en la CEE. Muy pronto, desde 1977-8, la vieja amistad entre los dos pueblos mediterráneos, que había seguido anudándose a través de los lazos económicos, diplomáticos, culturales, pero también de solidaridad política con el antifranquismo, pudo recuperar visibilidad, después de treinta años opacada por la dictadura franquista y los condicionantes de la compleja política italiana.

NOTAS

- * Esta investigación se enmarca en el proyecto de investigación: *Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política* (Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2010-21694).
- ¹ «Artajo a Castiella, 20-10-1958» en Archivo Castiella (Real Academia de la Historia) AC 376/1.
- ² Tras la liberación de Roma, gobernaron en coalición los partidos antifascistas del Comité Nacional de Liberación. Desde diciembre de 1945 el presidente del Gobierno fue el democristiano Alcide De Gasperi, que apoyado por los tres partidos fuertes de la coalición: la DC (Democracia Cristiana), el PSI (socialista) y el PCI (comunista) con la fórmula del tripartito. En 1948, los democristianos consiguieron mayoría absoluta en un clima de creciente anticomunismo, gracias a la fuerza movilizadora y legitimadora de la Acción Católica, al servicio de la DC desde 1945. Sin embargo, hasta 1953 De Gasperi prefirió mantener gobiernos de coalición para ampliar el consenso político, bien con la derecha liberal (PLI) bien con la izquierda (republicanos del PRI y socialdemócratas del PSLI de Giuseppe Saragat —después PSDI—, más moderado que el PSI de Pietro Nenni: fueron los años del llamado centrismo. Cif. MAMMARELLA, Giuseppe: *L'Italia contemporanea. Storia d'Italia dall'unità alla Repubblica V*, Bolonia, Il Mulino, 1991; GIOVAGNOLI, Agostino: *Il partito italiano: la democrazia cristiana dal 1942 al 1994*. Roma, Laterza 1996; CRAVERI, P. De Gasperi. Bolonia, Il Mulino, 2007.
- ³ CAROTENUTO, Gennaro: *Italia e Spagna tra dittadura e democrazia, 1939-1953*. Tesis doctoral inédita, Univ. de Valencia, 1998, pp. 232 y ss., y, sobre todo, HIERRO LECEA, Pablo del: *Beyond bilateralism: Spanish-Italian relations and the influence of the major powers, 1943-1957*. Florence European University Institute, 2011.
- ⁴ TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva: «El catolicismo italiano y la guerra civil española» en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. T.CLXXXIX, I (1992) pp. 43-88.
- ⁵ GIOVAGNOLI, Agostino: «Lo Stato spagnolo como modelo di Stato cattolico. Dal partito romano al Vaticano II» en TEDESCHI, Mario: *Chiesa cattolica e guerra civile in Spagna nel 1936*. Nápoles 1989, pp.195-247.
- ⁶ TUSELL, Javier: *Franco y los católicos. La política interior en España entre 1945 y 1957*. Madrid, Alianza, 1984.

- ⁷ Sus líderes (sobre todo Filippo Anfuso) viajaban periódicamente a Madrid para solicitar esta ayuda al partido único o directamente a Franco. Desde 1949 una parte se canalizó a través de la Associazione Italia-Spagna, presidida por el embajador español. Vid. CAROTENUTO, G.: *op. cit.*, p. 283.
- ⁸ «F. M. Castiella a A. Martín Artajo», 23 y 27-2-1952; 23 y 29-7-1952; 14-1-1953; 10-2-1953; 15-6-1953; 1-12-1953; 17-2-1954; 20-4-1954; 6-7-1954; 27-10-1954; 19-1-1955; 12-3-1955; 5 y 20-4-1955; 23 y 25-11-1955 en Fondo F.M. Castiella (Colección de Despachos. Embajada en la Santa Sede), Real Academia de la Historia (Madrid) y «Sánchez Bella a Castiella, 26-2-64», en AMAE (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid) R-7652/5.
- ⁹ CALANDRI, Elena: *Il Mediterraneo e la difesa dell'Occidente 1947-1956. Eredità imperiali e logiche di guerra fredda*. Florencia Manent 1997; DEL PERO, Mario: *Gli USA e la DC negli anni del centrismo (1948-1955). The U.S. and the Christian Democrats in the age of centrism 1948-1955* Roma Carocci 2001 y MATOS, Vera de: *Portugal e Itália. Relações Diplomáticas, 1943-1974*. Coimbra, Univ. Coimbra, 2010, pp. 65 y ss;
- ¹⁰ HIERRO, P.: *op. cit.*, pp. 164-5 y 249-255 y CAROTENUTO, G.: *op. cit.*, pp. 229-340.
- ¹¹ TONINO, Alberto: *Il sogno proibito. Mattei, il petrolio arabo e le «sette sorelle»*. Firenze, Polistampa 2003; MAUGERI, Leonardo: *L'arma del petrolio*. Florencia, Loggia de' Lanzi, 1994.
- ¹² «Navasqués a Castiella, 22-2-1958» en AC 127/5.
- ¹³ OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (eds.): *Entre la historia y la memoria. La política exterior de F. M.ª Castiella*. Madrid, RACMP, 2007.
- ¹⁴ «Informe sobre Turquía, 11-4-59», en AC 595/15 y sobre Grecia AC 278/1, 287bis/5.
- ¹⁵ Archivo Presidencia de Gobierno. Jefatura del Estado APG-JE 26/1.1; «Navasqués a Castiella, 22-7-58 y 24-1-1959», AC 316/3; Orense a Castiella, 5-1-59» en AC 462/8.
- ¹⁶ «Jorro a Castiella, 8-3-1958», AC 142/15; «Altea a Castiella, 8-3-1958», AC 141.1 y 142.7; «Navasqués a Castiella, 14-3-1958» en AC 149/5, «Castiella a Alcover, 29-12-1958 AC 458/4; PARDO, R.: «La política árabe de Castiella» en LÓPEZ, B.-HERNANDO DE LARRAMENDI, M.: *España, el Mediterráneo y el mundo árabo-musulmán*, Barcelona, Icaria Editorial-IEMed, 2011. pp. 117-146.
- ¹⁷ AC 532/5, AC 888/7, AMAE, R-5442/20, 21 y 29 y AMAE-R-6442/3. Sobre la política italiana en esta etapa: NUTI, Leopoldo: *Gli Stati Uniti e l'apertura a Sinistra. Importanza e limiti della presenza americana in Italia*. Roma Laterza 1999 y GENTILONI, Umberto: *Italia e la Nuova Frontiera. Stati Uniti e centro-sinistra 1958-1965*. Bolonia, Il Mulino, 1998.
- ¹⁸ PARDO, Rosa: «José M.ª Doussinague: un Director General de Política Exterior para tiempos duros» en MORENO CANTANO, A. C. (coord.): *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*. Gijón, Trea, 2103, pp. 144-195.
- ¹⁹ «Doussinague a Castiella, 16-9-59» en AMAE, R-5442/20 y «Doussinague a Castiella, 7, 13 y 26-4-60» en AMAE-R-6442/3.
- ²⁰ «Doussinague a Castiella 11-8-1960», AMAE, R-4448/18; «Lequerica a Castiella», 19-10-1960 en AC 1130/2 y «Informes, 1960» AC 1130/2 bis, «Doussinague a Castiella, 21-11-60» en AMAE, R-6442/3; «Relaciones económicas hispano-italianas, 8-3-76» en AMAE, R-13189.
- ²¹ MAMMARELLA, G.: *op. cit.*, pp. 247-295; «La apertura a sinistra. 20-12-1962» en AMAE, R-11950/4 y la correspondencia entre Doussinague y Castiella contenida en AMAE, R-4448/18, R-6449/6, R-7210/15, R-7212/46; AC 1610/3, AC 1614/3 y AC 1617/1.
- ²² Cif. PONS, Silvio: «L'URSS e il PCI nel sistema internazionale della guerra fredda» in GUALTIERI, R. (ed.): *Il PCI nell'Italia repubblicana, 1943-1991*, Roma, Carocci, 2001 y ZASLAVSKI, Victor: *Lo stalinismo e la sinistra italiana. Dal mito dell'URSS alla fine del comunismo*. Milan, Mondadori, 2004. MATOS, V.: *op. cit.*, pp. 107 y ss.
- ²³ «Carta a Mar Doussinague, 4-4-1961» en Archivo de la Universidad de Navarra (AUN) 008/006/018; AUN 008/006/04 a 07 y AC 1138/19.
- ²⁴ «Doussinague a Castiella, 22-5-1961» en AMAE, R-6530/12-13; 8-3-1961 en R-6559/6; 29-10-1960 y 16-11-1960 en R-4448/18; 8-3-1961 en R-6449/6; 24-1-62 en R-7210/5; 28-9-61 en AC 1472/11.
- ²⁵ AC 1622/2.
- ²⁶ Aunque la petición española de febrero tenía sobre todo objetivos económicos, el ministro Castiella buscaba también que el ritmo de evolución política de la dictadura se acelerase algo con el pretexto de los requerimientos europeos; un deseo no compartido por el grueso del gobierno, como quedó pronto demostrado.
- ²⁷ «Doussinague a Castiella, 7-6-62» AC 1753/6; 11 y 18-4-1962 y 7-6-1962 en AMAE, R-7212/46; «Gómez de Llano a Castiella, 4 y 27-7-62» AC 1784/5 y 1793/1.
- ²⁸ «Doussinague a Castiella, 28-9-62, 3 y 4-10-1962», AUN 008/006/021, /026, /027.
- ²⁹ MUÑOZ SORO, Javier: «Un confronto tra dittatura e democrazia: Alfredo Sánchez Bella, ambasciatore della Spagna franchista presso la Repubblica Italiana (1962-1969)», en *Mondo Contemporaneo* (en prensa); CAÑELLAS MAS, Antonio: «Caballeros de la Hispanidad: la diplomacia paralela de Alfredo Sánchez Bella» en MORENO CANTANO, A. C.: *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2012, pp. 273-302 y «La política exterior española en Italia, 1962-1966». <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/0000e2f5/zwjvfahzxfhgpgaykzdqrjcdtgcqhuf/AntonioCa%C3%BIellasMasLapol%C3%ADticaexterioriorespa%C3%BIolaenItalia19621966.pdf> (consultado 1-4-2013).
- ³⁰ En enero de 1963, Mons. Ottaviani le sugiere también financiar al grupo católico (Comitatos cívicos) encabezado por el diplomático Sola con cien millones. Vid. AC 1898/1 y 3; AC 1966/7; «Sánchez Bella a Franco y a Castiella, 3-12-1962» en AMAE 8612/12 y AMAE, R-7212/6.
- ³¹ AC 1973/1, AC 1987/2, 9 y 11, AC 2004/3, AC 2066/1 y 2, AC 2072/17.
- ³² Vid. la correspondencia de Sánchez Bella con Castiella en AC 2075/1 y AMAE, R-7220/1-3; «Sánchez Bella Adolfo Martín Gamero, 18-4-63» y a Castiella, 9-5-63 y 30-8-63 en AMAE, R-8612/12.
- ³³ «Doussinague a Castiella 12-8-63, 2-9-63, 5 y 7-10-63» en AUN 008/006/035 a 043, «Audiencia con su Santidad» 008/006/014 y 015. Sobre todo, el desarrollo del tema Gri-

- mau.Vid. MUÑOZ SORO, Javier: «El 'caso Grimau': propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964)», *Ayer* (en prensa).
- ³⁴ «Sánchez Bella a Castiella, 28-11-1963» en AC 2256/3 y 4-12-1963 en AC 2266/6; «Sánchez-Bella a Castiella, 5-3-1963» AMAE, R-8995/53-55; AC 2256/3, AC 2266/6, AC 2322/4 y 7; AC 2333/1 y 2.
- ³⁵ Desde 1964 se abandona la idea de utilizar la embajada ante el Vaticano para influir sobre la política italiana: MEER, Fernando de: *Antonio Garrigues, embajador ante Pablo VI. 1964-1972*. Madrid Thomson-Aranzadi, 2007.
- ³⁶ El embajador siempre aludía a una trama que unía los dos partidos laicos, PRI-PDSI, la masonería anglosajona, EEUU, la influencia judía más la internacional del dinero (grandes empresas): «Sánchez Bella a Castiella, 31-3-64 en AC 2384/5 y AC 2587/10.
- ³⁷ López Bravo convocó al director general de Fiat en España y a los representantes de otros grupos industriales y se retiraron licencias de importación. Vid. «La Spagna e le Relazioni Italo-Spagnole, 5-5-64 en AMAE, R-8612/12; AC 2402/2, AC 2470/1. Sobre la política italiana respecto a la CEE: Cif. CRAVERI, Piero y VARSORI, Antonio: *L'Italia nella constuzione europea. Un bilancio storico 1957-2007*. Milan, Franco Angeli, 2009 y VARSORI, A.: *La Cenerentola d'Europa?: l'Italia e l'integrazione europea dal 1947 a oggi*, Roma, Rubbettino, 2010.
- ³⁸ Sánchez-Bella a López Rodó, 11-3-64 en AUN 005/361/1 (1/11) y a Castiella, 5 y 6-2-1964 AMAE, R-7652/5; AC 2366/2 y 3.
- ³⁹ AC 2525/10 y 11; AC 2565/4; «Sánchez Bella a Castiella, 8-7-196 y 16-11-1964 en AMAE, R-7652/5.
- ⁴⁰ AMAE, R-12908; AC 2643/5; AC 2764.5, AC 2781/5 AC 2784/2 AC 2876/12 AC 2899/11 AC 2909/6; AC 2912/3 a 5
- ⁴¹ «Sánchez Bella a Castiella, 9-10-68» AMAE, R-12380/2 y AC 2878/4
- ⁴² «Messía a Sedó 20-5-66» en AMAE, R-8612/12; «Sánchez Bella a López Rodó, 9, 10 y 30-3-66» en AUN 005/361/1 (3/11) 005/584/13 (1/4); AC 2983/11, AC 3002/9, 3068/11.
- ⁴³ AC 3078/2, AC 3186/11; «Nota Balance Relaciones con Italia, 12-7-1967» en AC 3361/1.
- ⁴⁴ Cif. CAVIGLIA, D. y CRICCO, M.: *La diplomazia italiana e gli equilibri mediterranei. La politica meidorientale del'Italia dalla guerra dei sei giorni al conflitto dello Yom Kippur 1967-1973*. Roma Soveria Mannelli Rubbetino, 2006.
- ⁴⁵ AUN 005/257/1 (4/10); «Sánchez Bella a Casitella, 9-4-69» en 10801/39 y 41; «Giménez Arnau a López Bravo, 23-2-73» en AMAE, 13675; Sánchez Bella a Castiella, 7-2-68 en AMAE R-9414/62 y 67; AC 3444/19.
- ⁴⁶ «Sánchez Bella a Rumor, 2-12-65» en AMAE, R-8612/12 «Sánchez Bella a Castiella, 8-5-1965 en AC 2747/12, AC 2003/10; AC 3058/5; AC 3069/3; AC 3120/6.
- ⁴⁷ AMAE, R-12908.
- ⁴⁸ «Sánchez Bella a López Rodó, 19-9-1967», en AUN 005/397/36 ; «Sánchez Bella a Casitella, 3 y 19-7-1968» en AMAE, R-29807.
- ⁴⁹ «Sánchez Bella a Castiella, 4-7-68» en AMAE, R-29807.
- ⁵⁰ «Sánchez Bella a Castiella, 4 y 10-12-68» en AMAE, R-9414/62 y 67.
- ⁵¹ La preocupación italiana era, sin embargo, compartida por Sánchez Bella, cada vez más próximo al bloque López Rodó-Carrero, contrario a la política exterior y descolonizadora de Castiella: «Sánchez Bella A Castiella, 6-11-68» AMAE, R-12380/2; «Sánchez Bella a Castiella, 30-10-68» en AMAE, R-29807 y AC 3646/7.
- ⁵² «Castiella a Sánchez Bella, 6-11-1968 y al revés 28-12-68» en AMAE, R-9292/1.
- ⁵³ «Sánchez Bella a Castiella, 28-1-69 y 18-2-69» en AMAE, R-10663/19; «Sánchez Bella a Castiella, 13-12-1968» en AMAE, R-12380/2.
- ⁵⁴ Vid. SOAVE, Paolo: «L'Italia e la Grecia dei colonnelli. Una parentesi nella politica dell'amicizia mediterranea (1967-1981)» en *Ventesimo Secolo* 28 (jun. 2012).
- ⁵⁵ «Sánchez Bella a Castiella, 15-3-69, 29-1-69 y 18 y 26-2-69» en AMAE, R-9290/9.
- ⁵⁶ AMAE, R-10663/19 y AMAE, R-12380/2.
- ⁵⁷ «Nota Dirección Europa Occidental, 14-5-1972 y 23-11-73» en AMAE, R-13675.
- ⁵⁸ LEMUS, Encarnación: *Estados Unidos y la Transición Española*. Madrid, Sílex, 2002 cap. I.
- ⁵⁹ «López Bravo a J. P. Lojendio, 21-10-70», en AMAE, R-11397/65-69.
- ⁶⁰ AMAE, R-11397/65-9 y 13432/34-45.
- ⁶¹ AMAE-R-12458/75-83; «Nota sobre conversaciones italo-españolas, 1972», en AMAE R-14187.
- ⁶² AMAE, R-14169.
- ⁶³ «Nota informativa, 15-6-73 AMAE R-13675 y AMAE, R-13856.
- ⁶⁴ «Giménez Arnau a Cortina, 11-1-74» en AMAE, R-13856
- ⁶⁵ «Nota para el Sr. Ministro, 27-8-74» en AMAE, R-14169. y GIMÉNEZ-ARNAU, José Antonio: *Memorias de memoria*. Barcelona, Destino, 1978, pp.335-65.
- ⁶⁶ «Visita del Subsecretario a Roma, marzo 1975» en AMAE, R-14015.
- ⁶⁷ «Relaciones económicas hispano-italianas, 8-3-1976 en AMAE, R-13189.
- ⁶⁸ «Giménez Arnau a Cortina, 5 y 17-12-1975» en AMAE, R-14015 y AMAE R-13189.

